Bolsillo Era

www.edicionesera.com.mx

Bolívar Echeverría

VUELTA DE SIGLO
Ensayos

Ediciones Era

www.edicionesera.com.mx

Primera edición en Biblioteca Era: 2006
Primera edición en Bolsillo Era: 2019
ISBN: 978-607-445-522-9
DR © 2006, Ediciones Era, S. A. de C. V.
Centeno 649, 08400 Ciudad de México

Oficinas editoriales:
Mérida 4, Col. Roma, 06700 Ciudad de México

Portada: © 1978, Fernando García Ponce, *Sin título* (fragmento)
Cortesía del Museo de Arte Contemporáneo Ateneo de Yucatán
Diseño de portada: Juan J. López Galindo

Este libro se terminó de imprimir
el 14 de marzo de 2019
en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno 162-1, 09810 Ciudad de México.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido
total o parcialmente por ningún otro medio o método
sin la autorización por escrito del editor.

This book may not be reproduced, in whole or in part,
in any form, without written permission from the publishers.

www.edicionesera.com.mx

www.edicionesera.com.mx

Índice

Prólogo 11

I. ¿Cultura en la barbarie? 15
II. *Homo legens* 25
III. La religión de los modernos 39
IV. De violencia a violencia 59
V. El sentido del siglo XX 81
VI. Lejanía y cercanía del *Manifiesto comunista* a ciento cincuenta años de su publicación 107
VII. El ángel de la historia y el materialismo histórico 117
VIII. Los indicios y la historia 131
IX. La nación posnacional 143
X. El barroquismo en América Latina 155
XI. Octavio Paz, muralista mexicano 175
XII. El olmo y las peras 187
XIII. Modernidad en América Latina 195
XIV. Cuatro apuntes 219
XV. ¿Ser de izquierda, hoy? 261

www.edicionesera.com.mx

A la memoria de Ingrid Weikert

www.edicionesera.com.mx

Prólogo

La enorme acumulación, incesante y acelerada, de fenómenos que hemos presenciado en estos años y que hasta hace poco eran inimaginables parece indicar que hemos entrado en una nueva época. Se trata de una suma de hechos inéditos de toda clase: naturales, como, por ejemplo, la inminencia del sobrecalentamiento de la Tierra o del agotamiento de los yacimientos petrolíferos; científicos, como el desciframiento del genoma humano o el descubrimiento de agua en otros planetas del sistema solar; técnicos, como la generalización de la informática o la exploración de la nanotecnología; económicos, como el fracaso del neoliberalismo o el surgimiento de la economía china en calidad de "interlocutora" beligerante a escala mundial; políticos, como el ahogamiento de la democracia representativa por los *mass media* o la caducidad y el reciclamiento transnacional del Estado nacional; sociales, como el empoderamiento femenino o la expansión de la categoría de los migrantes en la demografía mundial; culturales, como la generalización de la "estetización salvaje" o la museificación de la "alta cultura". Se trata de una suma abrumadora de hechos que no alcanza sin embargo a contrarrestar la sensación de suspenso, de "indefinición de sentido" que acompaña su constatación.

Todos esperaban acontecimientos extraordinarios cuando el primer milenio de la era cristiana estaba por terminar; corría el rumor de que, para llegar, el "fin del mundo" sólo esperaba esa fecha y que había que prepararse para el juicio final. Mil años más tarde, muy pocos fueron quienes esperaron sucesos de esa magnitud; el cambio al siglo XXI no inquietó seriamente a nadie, fue una fecha que, pese a las dosis extra de ruido y fuegos artificiales que la enmarcaron, pasó sin dejar huella.

El calendario sugiere que nos encontramos en un momento de vuelta de siglo (y de milenio); pero su indicación sólo sirve

de contraste para reconocer ese estado de "definición en suspenso" en que parece encontrarse la historia actual. Es como si nos hubiera tocado vivir sólo el epílogo del siglo XX, soportar los estragos que ha traído consigo la clausura de una época anterior, el triunfo de la contrarrevolución.

El sentido del siglo XX, como se dice que sucede siempre, sólo se hizo manifiesto una vez que había concluido. Sólo entonces supimos que había comenzado en 1914, y no con el magnicidio de Sarajevo, sino con la aquiescencia de los parlamentarios socialdemócratas de Alemania a la contratación de créditos para financiar la guerra; nos enteramos de que había terminado en la fecha simbólica de 1989, con la caída del Muro de Berlín, el colapso del "socialismo real" y el final de la Guerra Fría. Enigmático para quienes lo vivieron, el sentido del siglo XX se les insinuaba, no obstante, de muchas maneras; todas ellas coincidían vaga pero firmemente en que lo que estaba en juego en última instancia era la permanencia del modo de vida que llevaban, que parecía encaminado a cumplir las promesas de "bienestar" asociadas a la palabra Progreso y que se veía sin embargo amenazado por otro modo de vida diferente, que salía de esa misma vida y que le disputaba la vigencia en nombre de valores éticos y políticos "superiores al bienestar". El sentido del siglo XX se dibujaba confusamente para quienes lo percibían en su vida cotidiana; era un sentido negativo, un "no" a lo otro, a la otra manera de ser modernos que, desde el siglo XIX, venía acompañando como una sombra, como un "fantasma", a la consolidación de la modernidad capitalista.

No parece desatinado contar la historia del mundo moderno como una sucesión de los intentos que él ha hecho de resistirse a la esencia de su propia modernidad.

El mundo moderno había arrancado con los primeros destellos de una nueva técnica, que no venía solamente a perfeccionar la técnica arcaica, prolongando su mismo diseño, sino a sustituirla del todo, inaugurando un nuevo tipo de relación de lo humano con lo otro. Gracias a ella, la hostilidad defensiva del Hombre hacia la Naturaleza podía ceder el lugar a

www.edicionesera.com.mx

una colaboración entre ambos para introducir nuevas formas en el mundo. Su sentido original se dirigía a la creación de una nueva condición humana que se caracterizaría por la abundancia de la riqueza social y la emancipación de los individuos singulares. Sin embargo, en la introducción de esa nueva técnica en el conjunto de la vida, el método que se impuso, por ser el más eficiente, fue el de su empleo como multiplicadora de la productividad económica mercantil capitalista. Se trataba de un método cuyos resultados se dirían, al menos, paradójicos. Dirigido obsesivamente a explorar el aspecto cuantitativo –el de importancia mercantil– dentro de la totalidad cualitativa de cada nueva forma descubierta por la nueva técnica, el capitalismo guió el desarrollo de ésta dotándolo de un sentido perverso, que desvirtuaba sistemáticamente el sentido original. Promovió la actualización y el aprovechamiento de la nueva técnica, pero de una manera que anulaba su novedad epocal; la rebajaba a ser sólo una versión más agresiva de la vieja técnica diseñada para someter a lo otro.

La historia de la modernidad capitalista es la historia de una realización de la esencia de la modernidad que ha sido sin embargo una negación sistemática de ella. Las formas arcaicas del mundo de la vida y de la vida misma, que, como la forma religiosa de lo político, por ejemplo, debieron quedar vacías de contenido con el desvanecimiento de la técnica correspondiente a la época de la escasez de la naturaleza y la autorrepresión social, son formas que han perdurado en esta modernidad, muchas veces como caricaturas de sí mismas. Lo han hecho porque el modo capitalista de actualizar la técnica moderna ha eliminado completamente la dimensión formal, revolucionaria, de esa actualización y se ha concentrado en el plano económico-mercantil, puramente progresista, de la misma, un plano en el que las viejas condiciones de escasez y represión resultan imbatibles, puesto que pueden reproducirse siempre artificialmente, incluso en medio de la "sociedad de consumo" y del desperdicio bélico.

La discordancia entre la modernidad y su propia versión capitalista ha invadido sin cesar la experiencia individual en la historia moderna, lo mismo la singular que la colectiva. De manera concentrada se ha hecho presente de muchas maneras; la más evidente ha sido tal vez la conformación de diferentes tipos de seres humanos modernos, como, por ejemplo, el barroco o el romántico, que han intentado vivir esa modernidad pero disintiendo de su acomodo básico, "realista", al método capitalista de su realización.

Los textos que componen el presente libro se refieren tal vez no al último pero sí al más reciente de los intentos de la sociedad moderna de reasumir la esencia de su modernidad, liberándola de la definición capitalista con la que se ha desarrollado. Se refieren, sobre todo, a la época actual, en la que asistimos al fracaso de ese intento, iniciado por los comunistas europeos a mediados del siglo XIX. Son textos que quisieran aportar, cada uno en torno a un tema diferente, al descifrамiento del sentido enigmático que presentan los datos más relevantes de esta vuelta de siglo. Los nueve primeros abordan asuntos de orden más general, como el destino que tienen en nuestros días realidades históricas "de larga duración", como la religiosidad, la violencia, la nacionalidad o la peculiaridad de ser un "hombre que lee" del ser humano moderno. Los seis restantes se enfocan sobre la realidad latinoamericana, en especial sobre su historia, e intentan redefinir conceptos como "mestizaje" o "barroquismo" con el fin de aportar a la comprensión de su múltiple identidad moderna y a la localización del conflicto, vivo pero reprimido, que la lleva a reproducir una y otra vez esas condiciones espantosas de miseria económica, social y política sin las que pareciera no poder existir.

www.edicionesera.com.mx

I. ¿Cultura en la barbarie?

... Made with complete honesty, a contem - porary defence of culture as "a way of life" will, nevertheless, have a void in its centre.

George Steiner

Cultura y "alta cultura"

Hablar de la cultura en la vuelta de siglo en que nos encontramos sería hablar de una causa definitivamente perdida, si bajo ese término nos refiriéramos a lo que se entiende por "alta cultura", a la cultura tradicional tal como se consagra en la modernidad realmente existente; a una cultura reflexiva, espiritual, de alta calidad técnica, que se basa en la cultura menos tecnificada, baja o popular, pero se separa de ella y le ofrece a distancia, desde "arriba", el modelo e ideal a seguir.

Esa cultura ha perdido irremediablemente su hegemonía. La baja cultura se ha distanciado de ella y la desconoce; se contenta con las elaboraciones de sí misma que le confeccionan los *mass media*. Lo que permanece aún de la alta cultura ha debido refugiarse en nichos de élite que, incluso a pesar suyo, combatiendo el exilio al que están condenados, se ven cada vez más apartados del grueso del cuerpo social. Indicio inequívoco de este fenómeno, constatado recientemente por Kenzaburo Oe en Japón y lamentado ya largamente por los intelectuales de Occidente, es la pérdida de importancia relativa que experimenta de manera creciente la escritura-lectura de libros, que ha sido durante tantos siglos el lugar principal de la reproducción de la alta cultura en la vida civilizada moderna. No sólo decrece el número de libros leídos *per capita*, sino que el libro en cuanto tal, no obstante su adaptación a las exigencias mercadotécnicas, ocupa un lugar cada

www.edicionesera.com.mx

vez más insignificante junto a los otros medios de difusión de la palabra.

Sería ingenuo pensar que la pérdida de hegemonía que sufre la alta cultura es un fenómeno pasajero y reversible; imaginar una reconstrucción futura del circuito tradicional que la conectaba con la baja cultura; soñar con la restauración de un estado de cosas como el que prevalecía en los centros urbanos europeos durante la vuelta de siglo de hace cien años –y que fue adoptado de manera pretendidamente socialista en la URSS de los años treinta–, en el que, junto a los privilegiados y a la clase media, incluso las masas obreras tenían asegurado un acceso seguro, aunque discreto, al escenario de esa alta cultura. Y lo sería porque el nuevo capitalismo ha dejado de lado a las *ruling classes* tradicionales y a sus Estados, que eran quienes tenían interés en promover esa identidad a un tiempo nacional y occidental cuya reproducción requería de la retroalimentación de la alta y la baja cultura. Es un retorno imposible porque el capitalismo de hoy ha entregado esa producción de identidad social artificial directamente a esa "industria cultural" de la que hablaban Horkheimer y Adorno, ahora globalizada y norteamericanizada, que no sólo es ajena, sino claramente hostil a la tradición respetada por la modernidad, en la que baja y alta cultura se distancian y se complementan. Pero no sólo por ello.

El rescate de la hegemonía de aquello que conocemos como la "alta cultura" resulta quimérico sobre todo porque el tipo de dimensión cultural que se genera espontáneamente en la nueva sociedad en ciernes parece desentenderse de la consistencia logocrática, cognoscitista, "ilustrada", sea neoclásica o romántica, propia de la actividad de la "alta cultura" en la modernidad dominante; parece abandonar la preocupación obsesiva por la espiritualidad exquisita, que es la meta y la marca de calidad que esta actividad ha perseguido para sí misma y ha provocado tradicionalmente en la baja cultura.

A todo esto hay que añadir que la pérdida de hegemonía de la alta cultura no trae consigo un movimiento compensatorio de fortalecimiento de la baja cultura. Por el contrario, junto a esa pérdida, muchos creen reconocer la presencia de una iner-

www.edicionesera.com.mx

cia o tendencia dirigida hacia un hecho catástrofico, el de la "muerte de la cultura" en general y la sustitución de ella por la producción y el consumo de eventos de diversión y entretenimiento, programados para una sociedad convertida en simple espectadora de su propio destino, incapaz de practicar ella misma una cultura "desde abajo". La minimización o aislamiento de la cultura alta o hipertecnificada lleva a la ruptura del circuito vertical que la conectaba con la cultura baja o espontánea, circuito que era esencial para ambas y constitutivo de la vida cultural moderna. Se trata de un hecho que implica un extrañamiento de la sociedad respecto de su propia herencia cultural, una incapacidad de entenderla y apreciarla; que implica, en definitiva, el advenimiento de una especie de "neobarbarie", pues trae consigo una indiferencia de la sociedad frente a su propia concreción comunitaria. La disminución de la importancia de la alta cultura en la vida cultural pareciera confirmar que nos encontramos al final de ese periodo de la historia en que "el desierto crece", como lo percibía Nietzsche desde su perspectiva a finales del siglo XIX; que hemos llegado a la culminación de esa "historia del nihilismo" que Spengler vulgarizará más tarde como la "decadencia de Occidente".

Cultura y barbarie

¿Pero la barbarie de la "industria cultural", de la "cultura" de los *mass media*, continuadora de la cultura nacional-occidental, va en verdad, fatalmente, a terminar por sustituir a la cultura? ¿No hay en la vida social contemporánea indicios que contradigan las señales de catástrofe que irradia la decadencia de la alta cultura? ¿Es posible encontrar razones que permitan decir que no se trata de un destino ineluctable, sino sólo de una tendencia que, sin que deba ser detenible, puede muy bien ser todavía redirigida y refuncionalizada esencialmente?

La dinámica histórica del presente sería efectivamente la de un derrumbe irremediable, si estuviese determinada sólo por la figura capitalista de la modernidad, cuya tendencia intrínseca es a la destrucción de lo otro y la autodestrucción de lo hu-

mano. Pero hay cómo pensar que ése no es el caso. El dispositivo civilizatorio de la modernidad capitalista prevalece, sin duda, y domina, pero sólo a la manera de un parásito desmesurado. Su fuerza no es otra que la propia fuerza creativa de la sociedad –la que ésta tiene cuando funciona de acuerdo a su "forma natural" o en referencia al "valor de uso" del mundo de la vida–, fuerza a la que él puede únicamente desviar y deformar. Ahogarla equivaldría para él a un suicidio, a privarse del anfitrión que lo mantiene.

La ambivalencia es por ello el signo del tránsito civilizatorio en el que estamos. Ella resulta de esta insuficiencia insalvable que afecta al dominio que es capaz de ejercer la forma capitalista de la civilización; viene del hecho de que, después de todo, la resistencia frente al doble destino, el de la aniquilación de lo humano y la devastación de lo otro, no es erradicable de la sociedad.

El proyecto de una modernidad alternativa a la capitalista emerge, aunque sólo de manera oprimida, en medio del mundo actual, dominado por la modernidad capitalista. Se trata del único proyecto que puede ser capaz de conducir este tránsito civilizatorio por una vía diferente, opuesta a la de la catástrofe; solo él tiene la posibilidad de alterar el rumbo de la historia entrampada en la que estamos, de refuncionalizar la decadencia de la alta cultura y de reconstruir radicalmente la dimensión cultural de la sociedad.

La pérdida de hegemonía de la alta cultura apuntaría así hacia la realidad de un tránsito que lleva a un nuevo principio o sistema civilizatorio, dentro del cual ella parece estar redefiniéndose y recibiendo una ubicación y una función no sólo diferentes, sino de un orden completamente inédito dentro de la vida cotidiana. En busca de esa redefinición de sí misma, parece insertarse en un circuito que la conecta de una manera diferente con la cultura espontánea que proviene de la vida cotidiana, del trabajo y el disfrute básicos de la vida social; un circuito que no es ya vertical, de retroalimentación ascendente-descendente, discriminador, como en toda la historia pasada, sino horizontal, de "proliferación rizomática", incluyente.

www.edicionesera.com.mx

La situación en que se encuentra actualmente la cultura de Occidente es una situación inédita en la época moderna; la crisis que la agobia y la posibilidad que tiene de superarla son de una radicalidad sólo comparable con la que caracterizó al tránsito de hace más de milenio y medio en el que debió definirse como cultura europea, a partir de la cristianización y la decadencia de Roma. Ante una situación así se impone la pregunta acerca de si la reflexión está preparada para pensarla en toda su radicalidad; una pregunta que, dado el sustancialismo de los conceptos usuales de cultura, parece merecer una respuesta negativa. En efecto, resulta difícil, si no imposible, dar cuenta de un hecho de consistencia evanescente, como es la cultura, que es tocado por la historia precisamente en su evanescencia, si los conceptos con los que lo pensamos lo conciben con una consistencia no evanescente, fija y consolidada, susceptible sólo de alteraciones inesenciales que la "enriquecen" o la "empobrecen".

Los conceptos usuales de cultura se refieren a ella como a una cosa que descansa en sí misma, que es sustancial; la tienen por un patrimonio o una herencia que se recibe, se cuida y se perfecciona. La cultura consiste, según ellos, en un conjunto de obras, de resultados de la actividad social pasada, marcado esencialmente por las peculiaridades de la comunidad en que se generó; la cultura sería, por ejemplo, la quintaesencia de la ciudad, es decir, su diseño urbano y sus obras arquitectónicas y escultóricas, el conglomerado de los mejores y más representativos de sus edificios materiales y espirituales, el *corpus* de sus obras literarias y musicales, el repertorio típico de sus maneras de comportamiento y de habla, el arsenal de sus trajes y gestos, de sus giros idiomáticos y sus proverbios, etcétera. Para otros conceptos sustancialistas de cultura, más sutiles, ésta consiste en un conjunto de valores, de usos y costumbres, de esquemas de comportamiento en general, que identifican a una comunidad y que van desde preferencias culinarias y maneras del erotismo hasta estrategias lingüísticas y criterios estéticos, pasando por convenciones sociales y métodos de argumentación.